

# Talón de Aquiles

Andrea Salgado Cardona  
Egresada TEUC

Aquella tarde cuando me iba a secar el pelo, el tiempo se detuvo. Por la ventana de la ducha alcancé a ver un rayo de sol golpeándome la cara, enmarcándome en la premier de un teatro improvisado. Me doblé como un títere al que le han cortado las cuerdas. Una jabonera de porcelana se me había enredado en la toalla, precipitándose contra la bañera, rompiéndose en múltiples fragmentos que rebotaron sobre la superficie plástica del suelo y una esquirra, diminuta pero afilada, me trozó el talón de Aquiles. La sangre, estimulada por el agua hirviente que usé para bañarme, brotaba como una viscosa catarata por la boca de la herida, mezclándose con los restos de agua.

En silencio me senté en el borde de la tina. Una mezcla de dolor y ardor comenzó a palpitarme en el pie y sólo ahí, el tiempo salió de su letargo. Me desgañité a gritos en la ducha, John Wayne, el blue heeler, empujó la puerta que había dejado entreabierta y detrás de él, con la misma premura, Mónica llegó al rescate.

Dejé de gritar y le sonreí. Me puso una toalla sobre los hombros, me ayudó a salir de la tina, notó la herida, me hizo un par de preguntas y se quedó mirándome con la curiosidad de siempre. Incluso en momentos de crisis sonrío.

“Pareces un hombre”, me había dicho un día en el que me burlé al verla llorar viendo un capítulo de Buffy, la cazadora de vampiros.

“Nada que ver”, le contesté sin dejar de reírme: “Soy un robot con un par de tetas bomba y un culo de alta tecnología”.

Saque lo primero que encontré en el armario. Unos shorts diminutos y una camiseta de los *Long Horns* que puse sobre mis pechos desnudos. Noté las puntas de mis pezones, desafiantes, levantando la franela, pero estaba demasiado asustada para buscar una brassier.

Salimos en la camioneta rumbo al hospital.

“Tiene algo de literario que justo el día en que termina mi tesis, lo único que me sigue atando a El Paso, sufra semejante accidente. Soy una heroína trágica, el creador, escena tras escena intenta doblegarme, lanzarme a los rieles de un tren como una pinche Ana Karenina”, le dije a Mónica y esta me oyó a la distancia, como si mis palabras emergieran de una cripta.

Sin soltar las manos del volante se volvió para mirarme pero no dijo nada.

Guardé silencio.

El verano se encontraba en su cenit. Las llantas del carro iban dejando un rastro polvoriento que veía a través del retrovisor. De alguna manera tenía razón cuando le decía a los estudiantes de maestría recién llegados, que vivir un verano en El Paso, era como habitar en la punta incandescente del cigarrillo del diablo.

Todos los días ardíamos, nos convertíamos en ceniza y volvíamos a iniciar el ciclo. Una y otra vez como en una versión del viejo oeste

del mito de Sísifo. Somos unos pobres pecadores en un infierno de arenas movedizas, queremos aire y respiramos polvo. Peces en la tierra con las escamas calcinándose bajo el sol.

El semáforo se puso en rojo y como una aparición, una mexicana sudorosa y vestida de negro, arrastrando a su esquinclé, cruzó la calle. Era extraño encontrar caminantes bajo el sol del medio día. A esa misma hora, tres años atrás, Mónica, a la que había visto sólo una vez en la reunión de inducción, me recogió en la Stanton. Yo caminaba apurada hacia el campus bajo una sombrilla china de papel que no lograba opacar la furia de los rayos.

“A uno este sol se le mete a los huesos, le cocina la médula”, le respondí cuando me preguntó si no tenía mucho calor.

Ella lanzó una carcajada profunda que le salió del vientre, mezcla de incredulidad y euforia.

Ese día sin decirnos nada sellamos nuestro pacto de amistad. Las dos estábamos solas en el infierno y hablábamos el mismo lenguaje.

“¿Te duele?”, me preguntó.

“Más o menos”, contesté sin dejar de mirar por la ventana.

Mónica presionó el acelerador.

Ocotillos, esas plantas espinosas que ahora veía por la ventanilla, fue lo primero que percibí desde el avión después de entrar al vórtice de El Paso. *Un montón de parches de un verde sombrío sobre el polvo, aquí sí, aquí no, como la peluca*

*de un payaso desnutrido que recorre el desierto durante la Depresión, escribí antes de aterrizar apoyando la libreta de notas sobre mis piernas.*

Mierda, mierda, un rosario de mierdas me nubló la razón. Un cielo más azul que el mar Caribe. Un mar de aire patas arriba. La ausencia total de nubes, más y más parches verdes, mierda, rocas amarillentas y polvo, mierda, la inmensidad, mierda por primera vez el vacío.

La herida del pie me continuaba palpitando.

Mónica tenía la mirada fundida en la carretera, así como la mía se fundió con el silencio cuando las llantas por fin tocaron la pista de El Paso International Airport. Aunque fueran a toda velocidad, en esta ciudad, palabras, instantes y emociones debían realizar un largo génesis en el horizonte de arena, antes de convertirse en pensamiento.

Abrí la ventanilla del carro y saqué la mano:

“Como 40 grados centígrados hoy”, dije y volví a cerrarla.

Mónica asintió con un leve movimiento de cabeza y por fin comenzó a hablar:

“Pareces una cosa rara con esa camiseta de los Long Hornos. Una india vestida de gringa, como esos que muestran en el Amazonas y llevan una camiseta Adidas.

Pero qué se puede esperar, si siempre has sido una rara. Me acuerdo cuando te oí hablar por primera vez en inglés. Hasta que te conocí pensé que el acento tenía que ver con la capacidad de uso del lenguaje. Pero no, que va, tú hablabas con tanta propiedad, tenías un vocabulario tan amplio”.

“Sabes cómo más me sentía, sabes cómo me siento desde que llegué”, dije sin prestarle atención a su dulce comentario:

“Me siento como si Dios me hubiera puesto debajo de una lupa, como si fuera la única especie sin camuflaje en el desierto, una ofrenda para las aves de rapiña”.

“No digas eso. Sino te conociera diría que estás completamente loca. Consumida por tus propios inventos literarios, por estar pegada frente a una hoja en blanco desde enero sin parpadear...Mira acá estamos”, dijo Mónica al tiempo que saltó de la troca y regresó de inmediato trayendo una silla de ruedas.

**Aunque fueran a toda velocidad, en esta ciudad [El Paso], palabras, instantes y emociones debían realizar un largo génesis en el horizonte de arena, antes de convertirse en pensamiento**

En la sala de espera una mexicana gorda y con el pelo grasiento trataba infructuosamente de calmar los chillidos de su camada de 5 niños langarutos. Después de regañarlos se sostenía la cabeza con las dos manos como quien trata de contener un dolor a punto de derramarse. En el suelo, dos gotas de sangre cayeron una tras otra desde el pie elevado y envuelto en gasa de un obrero macizo. El aire se encontraba viciado por un fuerte olor a antiséptico. Una niña masticaba *crunch, crunch*, uno tras otros, chicharrones con chile. De la cartera saqué mi libreta y escribí:

*He encontrado métodos para evadir el control absoluto que ejerce el canalla del creador sobre mí, pero los duelos, pérdidas, traiciones, desengaños, todos prisioneros en mi alma, se ven obligados a compartir una celda sin desagües ni ventilación. Mi pobre humanidad hacinada bajo condiciones insalubres, emerge de vez en cuando, cuando yo se lo permito. La que en otra de tus historias fue pura como una María, terrenal como la Rosario de Carpentier, desequilibrada como un señorita Else, emerge del encierro ulcerada y deforme, víctima de la peste bubónica bailando un chachachá. Este es el humor negro de esta arjía, de este personaje tuyo que en medio de los enfermos del pabellón sonríe. Recuerde usted señor que soy colombiana, hija de una nación sin madre. Nadie nunca curó mis heridas. Nadie me enseñó a llorar a mis muertos. Así que vea, le repito señor creador, no me ponga más zancadilla que no voy a doblegarme, no voy a llorar implorando piedad, piedad... Yo me quedo seca. Mis lágrimas carecen de nutrientes. No insista. Nada germina...*

“Qué escribes”, me preguntó Mónica.

Cerré la libreta y la metí de nuevo a la cartera: “No sé, estaba tomando notas”.

Una anciana de pelo rubio cenizo con el rostro cubierto por un chal ajado, se paró de la silla y se lanzó a la recepción. Mientras le hablaba a la encargada se descubrió. Tenía la nariz roída por un cáncer de piel. La nariz podrida, la nariz podrida, la nariz podrida, en silencio traté de pensar en algo más pero era incapaz de retirar los ojos de la grotesca imagen. “Para”, me dijo Mónica, reconociendo la angustia en mi expresión.

Bajo esta luz de Western, así como en el Bueno, el Malo y Feo, hasta los más ínfimos detalles se convierten en parte fundamental de la trama, la recordé haciendo un paralelo de nuestras vidas con la obra maestra de Sergio Leone.

Falsa, seguro ella también andaba fijada a la imagen de la mujer. No era nuestra culpa. Era la de éste desierto que nos había dilatado la percepción.

“Pareces de la realeza”, me dijo Mónica haciéndome consiente de mi postura.

La pierna izquierda cruzada por la derecha, la espalda recta, la mirada digna.

En realidad mis ademanes de señorita resultaban ridículos en aquel contexto.

No pude evitar soltar una carcajada. La madre con dolor de cabeza me lanzó una mirada abrumadora, mezcla de odio y pasividad, parecía una pintura de David Alfaro Siqueiros.

Esta gente me mira y seguro se pregunta qué hace esta fresota acá, tan parecida a una de las hijas del patrón del rancho en el que su trabajo, antes de que cruzaran la frontera, fue remunerado por una suma aún más irrisoria de la que reciben acá en el norte por limpiar mierda gringa.

“¿Será que ya me van a atender?”, le pregunté a Mónica como si ella fuera la encargada:

“No para de bajar la sangre. Me voy es a desangrar. Así serían aún más trágica mi trama. El rastro de tu sangre sobre la arena, la titularía mi creador si fuera del boom. ¿Será del boom?, ojalá que no. Yo preferiría ahora que fuera más bien Cormac MacCarthy: sin lugar para las Barbies rotas. O bueno si fuera por el señor Rulfo no importaría nada: Barbie en Luvina...pero ese creador mío debe pertenecer a una generación más absurda, la nuestra, de seguro es un creador contemporáneo, influenciado por absurdos posmodernos, de lo contrario no me haría dar tumbos sin control, como si en vez de trama me estuviera armando a punta de hipervínculos”.

“Como eres de exagerada. No te vas a desangrar... y en realidad te veo más bien pateando a un hombre en el piso hasta explotarle las bolas. Haciendo justicia con tus manos. Tarrantinesca más bien”.

Varias sirenas comenzaron a ulular. Tres camillas con pacientes ensangrentados, uno de ellos inconsciente, ingresaron al recinto.

Miss Salgado, me llamaron finalmente por el altavoz. Minutos después un auxiliar llegó empujando una silla de ruedas vacía.

“Déjala”, me dijo Mónica tratando de arrancarme la cartera.

“You don’t need your stuff back there”, añadió el auxiliar.

No tuve más remedio que ingresar a la realidad sin mi libreta.

Junto a mi camilla, un indigente con *delirium tremens*, aullaba y pedía un sándwich mientras que una enfermera intentaba sacarle las tuercas de camión que se había puesto como anillos. Sus dedos morados e inflamados parecían morcillas recién sacadas del aceite. Una enfermera bonita se me acercó.

“Buenas tardes señorita...Salgado”, dijo confirmando mi apellido en la tableta de remisión.

“¿Edad?”

“30 años”

¿Profesión?

“Escritora”

“¿Alergias?”

“Al calor”, le contesté tratando de ser irónica.

“¿Qué le paso?”, me dijo dejando claro que no estaba interesada en mis chistecitos.

Eran odiosas esas Chihuahuenses que llegaban a realizar sus prácticas médicas en hospital Thomason pero eran muy bellas, así que era entendible: estaban acostumbradas a ser veneradas como diosas.

“Tenía una jabonera de porcelana en la tina”.

“¿Por qué?”.

“Por torpe y tonta, sabía que iba a pasar pero no sé, la dejé ahí”.

La enfermera tomó nota y procedió a tomarme una radiografía.

“El doctor vendrá a atenderla en un par de minutos”.

El indigente continuaba aullando y pidiendo algo de comer, *hamburger, a chicken salad, I am hungry, ayyyyyyy, you mothe’fucker, ayyyyy it hurts, I am hungry. I am Robocop.*

La enfermera soltó una carcajada y me miró como pidiéndome que me uniera.

Yo estaba demasiado aterrada con la visión de aquellos dedos embutidos entre tuercas como para encontrar chistosa la escena. Además el dolor del pie seguía en aumento.

Un doctor rubio con apariencia de Ken, se acercó a mi camilla y sin dirigirme la palabra, como si yo fuera una muda, me indicó que me pusiera boca abajo. Sentí un chuzón dentro de la herida, el líquido entrando a mi carne, y me retorció.

“Stay still, Qui e ta”, me ordenó en español sin añadir ni un please y se alejó de nuevo.

El indigente dejó de gritar. Oí a la enfermera ordenando un sándwich de pollo por el citófono. El doctor llegó y sin aviso comenzó a remendarme la herida. Con el pie anestesiado no sentí nada.

Cuando me aproximaba a la sala de espera, encontré a Mónica hurgando entre mi libreta. Al sentirse descubierta la guardó rápidamente. Subió los hombros y arrugó el ceño como una niña traviesa. Nunca le mostraba a nadie mis notas. Mucho menos a ella que era una poeta ladrona de ideas. Una vez leyó un fragmento donde intentaba crear un personaje, una niña que se llamaría Violencia. Un mes más tarde ella había iniciado un poema épico titulado *A girl Called Violence*.

“Me dijeron que debo obligarme a caminar, que el tendón sólo fue rozado por la esquirla, que no necesito muletas”.

“Pues, entonces vámonos ya”.

Mónica me ofreció su hombro y con gran esfuerzo me paré de la silla de ruedas.

No era la primera vez me daba la mano. El segundo verano después de haber iniciado nuestra amistad, me encontró en el piso del cuarto, confundida como un animal encerrado. Había acabado de recibir la noticia de que a mi mamá la atacaba un cáncer invasivo. Que le quedaba un mes de vida.

El sol continuaba invariable sobre el fondo azul intenso del cielo. En silencio Mónica y yo regresábamos por la carretera. La anestesia comenzaba a disiparse y el dolor del pie regresaba magnificado.

“Qué quieres comer”, me dijo.

“Lo que sea menos un sándwich de pollo”, contesté.

Mónica presionó el acelerador del carro y prendió la radio:

*She grew up in a Indiana Town/ had a good lookin' mama/ who never was around.*

El tren de carga que subía todos los días desde México ascendía hacia el norte, una interminable sucesión de contenedores de aluminio.

A pesar de llevar ya tres años viviendo en El Paso, ese tren me producía la sensación de que mi vida era la trama de una película del oeste, que yo no era real sino una invención en celuloide.

El velocímetro marcaba 100.

Podríamos acelerar el carro, iniciar una persecución del viejo oeste, en vez de caballos, las llantas de la camioneta levantando el polvo. Podríamos girar a toda velocidad, ponernos delante del tren. Los nubarrones de polvo envolverían el carro, nublarían nuestra visión pero no frenaríamos.

“Cómo se llaman esos pájaros negros que inmigran por esta temporada”, le pregunté a Mónica al ver una gran mancha en el cielo azul, como la punta de una lanza puntillista.

“Ni idea”, contestó y siguió mirando la carretera.

El tren estaba a punto de rebasarnos. El velocímetro seguía en 100.

Mónica como Thelma, yo como Louise, avanzaríamos firmes hacia la muerte, hacia la libertad, hacía cualquier cosa que no fuera este infierno de desolación en el que vivíamos, este infierno que nos habíamos inventado para darle forma a nuestro universo de palabras.

Un carro nos sobrepasó.

Después del impacto abriría los ojos:

Yo aprisionada entre la puerta y la cajuela. Un paramédico de rostro abultado con

una palanca me ayuda a liberar las piernas. Las costuras de mi tobillo izquierdo se zafan por el esfuerzo. Me sienta en el borde de la carretera. Veo a otros dos llevando en una camilla a Thelma. Ella ha muerto, yo, su Louise sigo viva. Mis lágrimas caen sobre la arena y es así como el miedo y el dolor dejan de fermentarse en mi alma hasta producir un lenguaje corrosivo que lo doblega todo. El desierto de la historia que protagonizamos por fin bebería algo de agua.

“De verdad no sabes como se llaman, ¿No has vivido toda tu vida en Texas?”, le volví a preguntar sobre los pájaros

“No, de verdad, no se cómo se llaman”.

“Si fuéramos como los pájaros el objetivo sería simple, emigrar, buscar comida, reproducirse, morir después de haber traído una nueva generación al mundo. Si así fuera todo sería más fácil, no crees”, le dije a Mónica.

“No sé. Tal vez ese creador del que hablas ha eliminado un elemento importante de la ecuación con la que nos construyó”.

“¿Cómo qué?”.

“Como fe en los intangibles”.

“¿Intangibles?”.

“La esperanza por ejemplo”.

No dije nada más. La palabra era un gran hoyo negro que absorbía mis ideas.

“Qué es lo que vamos a comer”, me preguntó Mónica sabiendo que era hora de cambiar de tema.

El desierto se extendía a lado y lado de la carretera.

Los ocotillos nos miraban estáticos, envueltos en polvo y monotonía. ■

